

Conversaciones con... **José A. Abella**

«Mi opinión personal es que todo nacionalismo corre el riesgo de escribirse con mayúscula y con zeta»

AMANDO CARABIAS / SEGOVIA
José Antonio Abella Mardones (Burgos, 1956) me recibe en la biblioteca de su casa, mientras el sol poniente culebrea. Ante mí una persona cuyas facetas son tantas, que parece que un espíritu del Renacimiento, o acaso de la Ilustración, se ha encarnado en él. Simplemente las enumeraré, apenas un marco que nos ubique: médico, escritor, escultor, editor, bibliófilo, casi melómano...

— Siempre he pensado que la medicina es una profesión vocacional, como toda actividad artística. Tú aúnas medicina, escultura y literatura.

— Mi padre solía decir que hombre de muchos oficios, hambre segura. La medicina, en mi caso, solventó el problema. Mas mi primera vocación fue la literaria. Ya con ocho o nueve años, tras la lectura de Nils Holgersson, de Selma Lagerlöf, dije que me gustaría ser escritor. Más adelante, en el bachillerato, otra lectura ("El manantial", de Ayn Rand) me animó a estudiar arquitectura, cosa que hubiera hecho si un tercer libro ("La Teoría del psicoanálisis", de Jung) no se hubiese cruzado en mi camino. Decidí hacer Medicina para especializarme en Psiquiatría, cosa que finalmente tampoco hice. Son las indefiniciones y bandazos de la adolescencia. La escultura fue una vocación más tardía, y tuvo mucho que ver en ella la exposición antológica de Henry Moore en el Retiro, allá por 1981. Ya por entonces llevaba dos años trabajando como médico.

— Vuelvo a la idea inicial del hombre renacentista o de la Ilustración en un universo de especialistas que saben casi todo de una materia y poco del resto: la medicina, la escultura, la literatura, ¿se solapan una a otra o se complementan?

— Ambas cosas. Cada una robaba tiempo a las otras, pero también se ayudaban mutuamente. Muchos

pacientes me habrán oído decir que no sólo estamos hechos de células, sino también de palabras, y que la lectura puede ser un bálsamo para no pocos males. Por otra parte, la escultura y la anatomía caminaron de la mano durante muchos siglos. Creo que, sin el conocimiento del alma humana que facilita el contacto con los enfermos, habría sido peor escritor, y que sin la literatura habría sido peor médico.

— Concluida la carrera, no sé si tu primer destino fue Segovia.

— No, mi primer destino fue un pueblo de Burgos. Luego, tras aprobar las oposiciones a Médico Titular, estuve tres años en León. De ahí, en un concurso de traslados, llegué a Segovia, donde ya trabajaba mi mujer y donde decidimos finalmente echar raíces.

— No todas las personas cuando ejercen su profesión en lugar distinto al de su nacimiento se integran como tú lo hiciste.

— Como te digo, tenía la voluntad de echar raíces, así que procuré empaparme todo cuanto pude de la historia y la cultura de Segovia. Tuve además la gran suerte de contactar muy pronto con personas que se transformaron en grandes amigos, como Leopoldo Yoldi e Ignacio Sanz, que en el año 1992, tras la publicación en Segovia de "Yuda" mi primera novela, me invitó a formar parte de la Tertulia de los Martes.

— ¿Qué aporta a tu faceta artística tu profesión médica?

— Algo ya te comentaba hace un momento, pero me centraré más en la literatura. Un escritor no puede vivir en una torre de marfil, estudiando la forma de su ombligo. Si pretende que sus obras tengan interés más allá de su familia y amigos cercanos, debe bajar a la calle, al fango de la realidad y las preocupaciones cotidianas de la gente, y también subir a lo alto de sus aspiraciones y sus ensueños. Los enfermos que he visto a lo largo de mi vida laboral me han dado

más de un argumento literario, pero sobre todo me han hecho ver el mundo desde otros ojos distintos a los míos, algo esencial para un escritor, cuyos personajes han de tener vida propia.

— Quizá también la tarea del médico se haya beneficiado de tu faceta artística.

— Creo que algunos pacientes sí se daban cuenta de que estaban delante de un médico un poco raro, alguien que les decía que la lectura era al cerebro lo que el ejercicio a los músculos.

— Escultor, escritor... ¿Las dos cosas al tiempo, o primero una y luego otra?

— En este momento de mi vida, ya jubilado como médico, la escritura está por encima del resto de mis actividades, a ella dedico un promedio de seis horas cada día.

— Intuyo, entonces, que has abandonado la escultura definitivamente.

— Casi... Quedan proyectos residuales que tal vez retome algún día, pero no es probable.

— Tu escultura más conocida en Segovia es "El homenaje a la trashumancia", que todos llama-

mos "El pastor". A mí siempre me pareció un relato.

— Y yo creo que lo es. A la entrada del parque de la Dehesa hay un poema que escribí cuando se gestaba la escultura, grabado en bronce, que comienza diciendo: "Somos hijos de héroes que nunca conocieron/ su condición de héroes". La escultura trata de contar la epopeya humilde, pero epopeya, de hombres que pasaban medio año fuera de sus casas, con calor, con frío, en una vida de enorme dureza y sacrificio. De ahí la forma piramidal de la figura del pastor, que trata de simbolizar la fuerza contagiada por las montañas que habían de atravesar para llegar a los pastos de invierno.

— En el ensayo "La realidad posible", defiendes que arte sin compromiso es algo vacío, algo similar a lo que escribió JRI: "ni estética sin ética, ni ética sin estética".

— El compromiso en el arte es un tema complejo. Si alguien cree que se puede cambiar el mundo con un cuadro o con un libro está muy equivocado, pero también hay cuadros, esculturas, y libros sobre todo,

que nos cambian a nosotros, nuestra forma de ver y entender el mundo. Creo más en el compromiso del artista, si lo tiene, que en el de la obra de arte. Se puede ser un buen escritor, pero una persona despreciable, y también lo contrario.

— En tiempos convulsos como los que vive España, ¿puede el artista aportar luz, o es una aspiración inútil?

— Tanto el artista como el escritor trabajan con la materia prima de la realidad, y en su obra pueden cambiarla, deformarla, hacerla más comprensible o más incomprensible, más fea o más hermosa. Eso mismo podría decirse de los políticos que trabajan con la realidad social. Antes te comentaba, centrándonos en la literatura, que el escritor debe aprender a ver el mundo con otros ojos distintos a los suyos, y hacer que convivan juntas esas miradas diferentes, ampliando y enriqueciendo su percepción de la realidad con las percepciones ajenas. Si esto se hubiera hecho por nuestros gobernantes, los unos y los otros, no estaríamos donde estamos. En cualquier caso, ciñéndonos al problema de Cataluña que subyace en tu pregunta,



FOTO: NEREA LLORENTE

mi opinión personal es que todo nacionalismo corre el riesgo de escribirse con mayúscula y con zeta. Yo me siento ciudadano de Castilla y León, pero por encima de ello me siento español, y europeo antes que español, y ciudadano del mundo antes que europeo. Las líneas fronterizas, trazadas a lápiz sobre mapas de papel, tienden a ser, ya en la tierra, alambradas de espinos.

— Aunque sea un instante, detengámonos en “La tertulia de los martes” (tristemente fulminada por la crisis de las Cajas), de la que formaste parte junto a Ignacio Sanz, Francisco Otero, Angélica Tanarro, Jesús Hedo, Elías Serra, Luis Javier Moreno, qepd...

— Me incorporé a la Tertulia en 1992, tras la publicación de “Yuda”, pero la Tertulia había nacido ocho años antes. Yo no vivía entonces en Segovia, por lo que no puedo hablarte de sus inicios. Sí puedo decirte, sin embargo, que por la Tertulia pasó lo mejor de la literatura en español: Delibes, Torrente Ballester, Antonio Pereira, José Luis Sampedro, Francisco Umbral, Luis Landero, Martín Garzo, Muñoz Molina... es una lista interminable. Tenía una programación estable de nueve meses al año, dos martes al mes, y así durante treinta años. Era además una actividad gratuita para el público, con un coste anual ridículo si se compara, por ejemplo, con lo que cuestan los tres días del Hay Festival... Sin embargo, no hubo forma de que siguiese adelante cuando quebró la Caja de Ahorros.

En tu cuento “El fin de las palabras”, juegas con el doble significado de la palabra fin, lo que me lleva a preguntarte por la finalidad o sentido de las palabras literarias, de la literatura.

— Ésta es una pregunta difícil y esencial. Y las preguntas esenciales no suelen tener respuesta. El protagonista del relato que mencionas, afectado al final de su vida por la demencia, fue tachando una por una todas las palabras que había escrito en una especie de biblia personal que había ido escribiendo durante años, como si el final de su vida y la finalidad de sus palabras formaran parte de una misma cuestión. En cualquier caso, la palabra es la materia prima de la literatura, y la palabra es también lo que nos identifica como especie humana. Trabajar con las palabras es, por tanto, trabajar con lo esencial de nuestra naturaleza.

— Hay un tema en tu obra que asoma por primera vez en “Yuda”, y retorna con alguna frecuencia: los expulsados, los expatriados, los forzados a dejar su tierra, la casa materna. Tú lo escribes mucho mejor: “El hombre no tiene otro refugio que el hogar de su infancia”. Un tema que, más allá de nuestros pleitos nacionales, debería ser de máxima preocupación pensando en África u Oriente Próximo.

— Hace tiempo, el Roto dibujó un Mediterráneo tan lleno de cadáveres que resultaba posible cruzar andando de África a Europa sin mojarse los pies. Ésta sí que es una verdadera vergüenza para los europeos y para el mundo. Vivir de espaldas a ella, como en el fondo hacemos casi

“Por la Tertulia de los Martes pasó lo mejor de la literatura en español: Delibes, Torrente Ballester, Antonio Pereira, José Luis Sampedro, Francisco Umbral, Luis Landero, Martín Garzo, Muñoz Molina..., es una lista interminable”

todos, dice muy poco de la condición humana.

— “Yuda”, además de relatar la triste expulsión de la comunidad judía de Segovia, descubre al lector tu hondo cariño por esta ciudad, que también encontrará en el delicioso librito “El balcón de la mirada” que se oferta (u ofertaba) al visitante de Segovia que quisiera conocerla con más detalle, o en “Segovia, ecología y paisaje”, obra colectiva donde además de escribir un artículo, eres parte del equipo de coordinación. No todos los segovianos conocen Segovia como tú.

— Esto es algo habitual, que incluso entronca con la pregunta anterior: la cotidianidad nos hace insensibles a la belleza y a la miseria. Lo aprendí de chico, cuando caminaba todos los días hasta el instituto pasando por la catedral de Burgos sin fijarme en ella. Y lo mismo sucede con las noticias trágicas que vemos día tras día en el televisor sin que se nos corte la digestión. Con respecto a Segovia, ya te dije antes que me esforcé en echar raíces en esta ciudad justamente por eso, porque no las tenía.

— Compaginas novela y relato, pero también has escrito poesía, como descubro en tu web.

— Esa web la tengo abandonada desde hace mucho y casi me da vergüenza lo que me dices, habrá que limpiarla... Ahora le tengo demasiado respeto a la poesía, pero sí, de adolescente comencé escribiendo poesía, algo habitual en muchos escritores.

— La siguiente novela fue “La esfera de humo”. Pocos años después, “Crónicas de Umbroso”, difundidísima en México, donde vuelves al mundo infantil, pero en un entorno bien distinto al de “Yuda”, la naturaleza, lo rural. Infancia, naturaleza, literatura: hermosa mezcla sí, como has escrito, el libro de la historia que te hubiera gustado escribir es “El principito”.

— “El principito” es un libro maravilloso, en el que aparecen sutilmente todas las pasiones que citas. Algo que muy poca gente sabe es que, siendo estudiante en Valladolid, hice y dirigí una adaptación teatral de “El principito” que fue representada por un grupo de alumnas de una residencia estudiantil... ¿Qué cosas había que hacer para ligar! Pero volvamos a un tono más serio: “El principito”

es para mí una de las obras cumbres de la gran literatura, tan profundo y tan sencillo y tan hermoso al mismo tiempo. Cuando se escribe un libro como ese, no hace falta escribir más: una obra así justifica una vida.

— Tus novelas aparecen sin pausa, pero sin prisa, al menos durante el periodo en que tienes que compaginar tu actividad literaria con la profesional.

— No era fácil compaginarlo. Creo que Gregorio Marañón decía de sí mismo que era un traperero del tiempo. Eso podría decirse de mí en aquellos años.

— Por si fuera poco, en 2008 ganas el prestigiosísimo galardón “Hucha de oro” de cuento con “El fin de las palabras”, un relato terrible y hermoso. Con el importe del premio, no se te ocurre otra cosa que fundar una Asociación Cultural sin ánimo de lucro, “Isla del Naufrago”, cuyo fin es difundir la lectura para lo que se convierte en editorial.

— El premio que mencionas tenía una importante dotación económica, pero ya tampoco existe. Tras ganarlo, dejé de presentarme a todo tipo de concursos literarios y sí, empleé una parte de su cuantía en fundar Isla del Naufrago, una pequeña editorial y asociación sin ánimo de lucro de la que ahora sólo soy asesor, pero a la que deseo larga vida y mucho éxito.

“No hubo forma de que la Tertulia de los Martes siguiese adelante cuando quebró la Caja de Ahorros, y eso que tenía un coste anual ridículo si se compara por ejemplo con lo que cuestan los tres días del Hay Festival. Tenía una programación estable de nueve meses al año. Era además una actividad gratuita para el público”

— Si ya te teníamos como escritor, como escultor, como médico, como amante de la naturaleza y de la música, ahora te vemos publicando libros de otros. ¿Qué ha aportado a tu faceta de escritor, la de editor?

— El trabajo de editor, incluso el de un pequeñísimo editor como yo fui, es mucho más difícil y menos glamuroso de lo que la gente imagina. Como escritor, me ha ayudado a ver mis propias obras desde un punto de vista más distante y más duro, a entender los desencuentros entre autores y editores, y también sus felices encuentros. Porque aunque la

“El hombre pez” parte de un hecho histórico pero tan fantástico y tan alejado en el tiempo que permite una recreación más imaginaria, aunque siempre verosímil y rigurosa en su documentación. El resultado es una especie de novela histórica envuelta en el aroma de los cuentos de hadas”

paternidad de los libros sólo es imputable a sus autores, la cuna que recoge sus primeros alientos es obra del editor, que se convierte en algo así como padrino de hijos ajenos, pero a los que quiere como propios.

— ¿Qué es para ti la novela, si es que puede definirse?

— La novela, para mí, es el terreno literario por excelencia, donde todo es posible si resulta verosímil, lo que no quiere decir que deba ser conforme a la realidad exterior, sino a la propia realidad que se crea en el relato, con su propio mundo y sus propias leyes.

— Tu obra está muy próxima al realismo, incluso a veces a la reconstrucción histórica.

— En unas más que en otras... Insisto en que cada novela tiene sus propias leyes. En “La sonrisa robada”, mi penúltima novela publicada, partía de unos hechos constatables mediante cartas y documentos obtenidos en una investigación bastante laboriosa. Pero aun así es una novela, porque incluso una novela de no-ficción sigue siendo una novela, no un libro de Historia. Mi última novela, “El hombre pez”, también parte de un hecho histórico, pero tan fantástico y tan alejado en el tiempo que permite una recreación más imaginaria, aunque siempre verosímil y rigurosa en su documentación. El resultado es una especie de novela histórica envuelta en el aroma de los cuentos de hadas.

— A “La sonrisa robada” venía. La publicas, tras enorme esfuerzo, en 2013 y obtiene el Premio de la Crítica de Castilla y León 2014. Es una novela polidráulica y hermosa, repleta de hechos y documentos reales, cuyos vacíos completas con ficción más que verosímil. Entre otros asuntos, además del retorno al tema la expatriación, revelas hechos de los que no somos muy conscientes, o no queremos serlo, como el sufrimiento de muchos millones de alemanes al final de la II Guerra Mundial... La verdad siempre manipulada.

— Resulta muy difícil analizar un hecho histórico en el momento en que se está produciendo, sin la distancia y frialdad del tiempo, sin conocer sus consecuencias. Por otra

parte, siempre se ha dicho que la Historia la escriben los vencedores, pero incluso los vencedores acaban siendo vencidos por el paso del tiempo. La historia de España es un ejemplo bastante claro. En Alemania, donde se desarrolla la novela que mencionas, aún hoy resulta difícil hablar sin cortapisas del sufrimiento de la población civil en los meses que sucedieron al final de la guerra. Mucha gente ignora, por ejemplo, que algunos campos de concentración nazis, terribles e ignominiosos, además de otros muchos contruidos por los aliados, se utilizaron para encerrar al ejército vencido al acabar la guerra, y que en esos campos murieron de hambre, disenteria y penalidades sin fin varios cientos de miles de soldados alemanes.

— ¿Supuso algo el premio de la Crítica de Castilla y León en cuanto a autoexigencia?

— Siempre he tratado de ser exigente con lo que escribo, antes y después del Premio de la Crítica.

— Esta novela es como una trenza: tus afanes y experiencias mientras te documentas para escribir el libro, la historia de la joven alemana que no pudo desvelar por desconocimiento el poeta manchego José Fernández Arroyo y los fragmentos del diario que te inspiró.

— Así es. La historia me llegó por José Fernández Arroyo, un gran poeta, injustamente desconocido. Fue él quien me pidió que escribiera la historia de Edelgard, su amor de juventud. Pero ni José ni yo mismo sabíamos con lo que nos íbamos a encontrar.

— Llegada la jubilación profesional, decides dedicarte sólo a escribir, como nos has dicho. Tu última novela, “El hombre pez” - de gran acogida en Cantabria por razones obvias, pues surge de una historia acontecida en Liérganes - parece de ciencia ficción, o cuento de hadas como acabas de comentar.

— Es una historia portentosa, que costaría creer si no fuera porque el Padre Feijoo, un ilustrado que luchó toda su vida contra la superstición y la ignorancia, dejó constancia de la misma en su “Theatro Crítico Universal”. Imaginate, un joven cántabro desaparece en la desembocadura de la ría de Bilbao, se le da por muerto y unos años después reaparece nadando entre delfines en el Golfo de Cádiz... Esta historia me sedujo desde que la conocí, y todavía me cuesta comprender cómo es posible que no se hubiese escrito hasta ahora una novela sobre un tema tan fascinante.

— Intuyo que no te faltan proyectos.

— Muchos, de momento un libro de relatos y una nueva novela, ya casi terminada, que espero vean la luz a lo largo del próximo año.

Es hora de regresar. Ca el crepúsculo. Descubro en el poso de sus palabras la confirmación de una vieja teoría: mirar al mundo con la avidez de un espíritu renacentista, siempre aprendiz, permite descubrir que la verdad no es patrimonio de un hombre o una sola actividad, sino que, como la luz del sol, se reparte en todas partes.